

Costas acantiladas

Los acantilados son el resultado del desmoronamiento de los roquedos continentales a causa de los embates del oleaje. Los fragmentos de roca arrancados son disgregados y arrastrados mar adentro, pues la energía de las olas es excesiva y no permite que se depositen para formar una playa. De este modo, a medida que el acantilado retrocede, la altura del veril es mayor y por debajo del nivel del mar se forma una plataforma llana, en ocasiones visible durante la bajamar, que se denomina plataforma de abrasión.

Dicha plataforma continúa sometida a la fuerza erosiva del oleaje durante las bajamares, por lo que generalmente presenta una ligera pendiente hacia el mar.



La fuerza erosiva del oleaje, que puede llegar a alcanzar valores de 30 t/m^2 , no es debida sólo a la propia masa de agua, sino también a la importante carga de material detrítico que transporta, que actúa como un potente abrasivo sobre la línea de costa.

Además, el embate del oleaje comprime el aire en las fisuras y lo expande al retirarse, provocando el desgaje de grandes fragmentos poliédricos que se acumulan sobre la plataforma de abrasión hasta que por choque y desgaste se reducen a partículas más pequeñas.

La vida vegetal

Los acantilados constituyen junto con las playas los medios más inhóspitos de todos los costeros, por lo que rara vez presentan una cubierta de vegetación apreciable. El análisis de las comunidades biológicas que se instalan en los acantilados puede realizarse partiendo de las condiciones que éstas deben soportar.

En primer lugar, hay que señalar el carácter erosivo e inestable de este ambiente. Los acantilados están sujetos a una regresión constante, lo que hace que ya de principio sea impensable el arraigo de vegetación con un ciclo de vida largo, matorrales, arbustos, etc. Además, la erosión impide el desarrollo de suelos continuos y de espesor apreciable, por lo que las plantas deben ser capaces, no sólo de soportar la acción mecánica de las olas, sino también de sobrevivir en suelos de espesor extremadamente somero e incluso sin suelo. En segundo lugar, hay que resaltar el déficit hídrico derivado de la salinidad del ambiente. Las plantas que aquí se instalan deben estar dotadas de mecanismos que les permitan una eficaz captación de agua y mecanismos que reduzcan la pérdida de agua por transpiración.

De los parámetros analizados pueden extraerse una conclusión obvia. En la cubierta vegetal de los acantilados deberán reconocerse sucesivos cinturones de vegetación paralelos a la costa, situándose en la primera línea exclusivamente las especies que mejor resistan la acción del oleaje y retrasándose las que lo hagan en menor medida.

En general, se acepta que a lo largo del litoral cantábrico la vegetación de los acantilados se distribuye según un modelo de zonación en tres bandas. La primera de ellas se denomina halocasmofítica, es decir, de vegetación capaz de vivir en grietas (casmofítica) y capaz de soportar la salinidad (halófila).

La zona en la que se asienta esta cintura de vegetación recibe con frecuencia las salpicaduras salinas del agua del mar e incluso, durante las tormentas, los embates directos del oleaje. Por ello, las plantas que aquí se instalan lo hacen con una densidad muy baja y arraigándose profundamente en las grietas existentes, pues de lo contrario serían arrancadas por el mar. Además, es la zona con un mayor grado de salinidad ambiental, por lo que en todos los casos disponen de mecanismos para reducir la transpiración y retener el agua. Tal es el caso de la *Armeria maritima*, el *Limonium binervosum*, el *Plantago maritima*, la *Inula crithmoides* o la *Spergularia rupicola*.

La segunda cintura de vegetación se denomina aereoalófila. Las plantas no se ven tan afectadas por las salpicaduras del oleaje, que sólo llega durante las grandes tormentas. En este caso la influencia marina se manifiesta a través de la brisa, que llega cargada de diminutas gotas de agua en suspensión con una alta concentración salina, es lo que se denomina la maresía. En ocasiones, la maresía es tan intensa que la vegetación aparece cubierta de un polvillo blanco que no es otra cosa que la sal transportada por el aire. En esta zona se desarrolla una franja más o menos continua de suelo que permite la instalación de comunidades de vegetación más complejas. En general, se trata de pastizales en los que domina la

Festuca rubra ssp. *pruinosa*, especie fácilmente reconocible por dar lugar a un césped tendido y muy resbaladizo, característico del veril superior de los acantilados.

La tercera cintura de vegetación se denomina de matorrales aerohalófilos. En este caso, la maresía llega mucho más atenuada y las salpicaduras del oleaje no llegan prácticamente nunca. La vegetación que aquí se instala está formada por matorrales de porte bajo y almohadillado, recortados por el viento, en los que dominan diferentes especies de brezo, aulaga y tojo. Entre ellas parecen encontrarse las formas más primitivas de tojo, a partir de las que luego se diversificarían el resto de taxones distribuidos por las áreas interiores. En general, esta tercera cintura de vegetación es la más degradada por el hombre, ya que sus mejores condiciones permiten un aprovechamiento ganadero relativamente intenso.

La gran extensión de las costas acantiladas de Asturias y su menor uso turístico hace que presenten un mejor estado de conservación natural. De la flora característica de los acantilados, sólo la berza marina (*Brassica oleracea* ssp. *oleracea*) figura en el Catálogo Regional de Especies Amenazadas, bajo la categoría de especie vulnerable.

Por detrás de los acantilados, la primera línea de vegetación leñosa no estrictamente halófila suele consistir en formaciones arbustivas de laurel (*Laurus nobilis*), aladierno (*Rhamnus alaternus*) y acebuche (*Olea europea* var. *sylvestris*).

La vida animal

Las condiciones de vida y la escasa cubierta vegetal de las áreas acantiladas no favorece el sustento de una fauna especialmente diferenciada. Sin embargo, lo abrupto de los acantilados y las oquedades presentes en éstos permiten la nidificación de algunas aves marinas. En Asturias, la nidificante más numerosa es sin duda la gaviota patiamarilla (*Larus cachinnans*) que forma enormes colonias de nidificación en algunos de los islotes cercanos a la costa. Su congénere la gaviota sombría (*Larus fuscus*), aunque abundante en invernada y en los pasos migratorios es sin embargo, escasa durante el periodo reproductor. De especial interés, por tratarse de aves protegidas, son el ostrero (*Haematopus ostralegus*), el cormorán moñudo (*Phalacrocorax aristotelis*) o el paíño común (*Hydrobates pelagicus*). El ostrero es un ave limícola que nidifica escasamente en los acantilados del extremo más occidental de la región.

El cormorán moñudo es sin embargo un ave típicamente marina y nidifica más abundantemente a lo largo de los acantilados de toda la mitad occidental, desde Cabo Peñas al Eo, y en algunos puntos del litoral oriental. Por último, el paíño dispone de amplias colonias de reproducción en los islotes del litoral oriental, donde abundan las grietas y oquedades que requiere para la cría.